

PITICAS

¡Oh madre amada, Egina!
De tu isla fiel la libertad escuda.
La frente ¡oh Jove! inclina.
¡Peléo, Telamón! prestadme ayuda.
Protegerla se digne
Con Aquiles veloz, Éaco insigne.



ODA NONA

A TELESICRATES DE CIRENE,

CORREDOR ARMADO.

DE victorias insignes pregonero,
Si las Gracias de espléndida hermosura,
Me ayudan, celebrar el triunfo quiero

Que, cubierto de fúlgida armadura,
Telesicrátes alcanzó en Pitona.
¿Quién igualar pudiera su ventura?

¡Prez de Cirene! que nutriz pregona
De corceles, la fama, y ninfa bella
Que amada fué del hijo de Latona.

Del Pélio al corazón siguió su huella
El blondo Númen, y en su carro de oro
Arrebató á la rústica doncella;

Y dueña augusta la hizo del tesoro
Que en frutos y ganado Líbia encierra,
Del vasto continente honra y decoro.

Vénus ofrece hospitalaria tierra
Al Délio peregrino; y la cuadriga
Con su argentada mano dulce aferra.

En cámara nupcial á Apolo abriga,
Y manda á presidir á su himeneo
A la Modestia, del Amor amiga.

Lo enlaza á la gentil hija de Hipséo,
De los Lápitás rey, nieto valiente
Del Océano, y prole de Penéo.

La Náyade Creúsa, descendiente
De la Tierra, del Pindo en el regazo
Dió á luz, del Mar al vástago potente.

Él educó á Cirene; cuyo brazo
De nieve parecía, y desdeñaba
De infantil amistad el dulce lazo.

El telar mujeril la fastidiaba,
Y era su gusto el perseguir las fieras
Con el venablo ó la preñada aljaba.

Y tranquila, merced á las certeras
Saetas de la bella cazadora,
La grey paterna erraba en las praderas.

Y el sueño, que los párpados devora
De mil y mil, la acariciaba sólo
Breves instantes, y al rayar la aurora.

Con su rico carcaj el alto polo
Al recorrer, con un leon la mira
Luchar inerme, el flechador Apolo.

Lidia la vírgen sola: el dios admira
Su intrepidez, y á la mansión paterna
Corre á llamar al hijo de Filira.

“Deja ¡oh Quirón! (le dice) tu caverna:
La grande fuerza y el valor sublime
Vén á admirar de aquella niña tierna.

“¡Cómo á la fiera irresistible oprime!
Su invicto corazón no abriga miedo.
¿Qué padre la engendró? ¿qué madre? díme.

“¿Quién la trajo á estas selvas? Su denuedo
Mira, y responde: ¿mi divina mano
Poner de grado ó fuerza en ella puedo?”

Con sonrisa benévola el anciano
Centauro preceptor, consejos graves
Dirige á su pupilo soberano:

“Del santo amor las escondidas llaves
Tiene (le dice) la gentil Prudencia,
Y no la fuerza: ¡oh Febo! bien lo sabes.

“Ganar un corazón por la violencia,
Es medio que reprueba juntamente
De mortales y Númenes la ciencia.

“Te ha sugerido la pasión naciente
El que acabo de oír, cortés lenguaje;
Que tu deidad engaño no consiente.

“¿De la vírgen preguntas el linaje,
¡Oh Dios! tú que conoces cada vía
Al principio y al fin de nuestro viaje?

“Cuantas arenas, de la mar bravía
Agita el viento en la árida ribera,
Y cada arroyo en sus arenas cría;

“Cuantas hojas produce en primavera
El fértil suelo; cuanto arcano esconde
Con la presente edad la venidera,

“Todo lo sabes ¡oh Señor! ¿Adónde
Tu ojo no penetró? Mas, por ventura,
Si agorar junto á tí me corresponde,

“Escucha ¡Rey de vates! La dulzura
De conyugales lazos, has venido
A gustar, de este valle en la espesura.

“De doncella sin par feliz marido,
Con ella cruzarás los anchos mares
Hasta el jardín de Júpiter florido.

“Allí, por valerosos insulares
Verás alzarse en cándida colina
De opulenta ciudad muros y altares.

“Su reina ella será. Líbia divina
A tu ninfa abrirá las áureas puertas
De su régia morada peregrina.

“Terrenos le dará de lindes ciertas,
Con fieras en sus selvas espaciosas
Y frutas abundantes en sus huertas.

“Allí te dará un hijo; á las hermosas
Horas, Mercurio conducirlo debe,
Y á la tierra de faldas anchurosas.

“A la materna leche, néctar leve,
Sustituirán; y célica ambrosía
Al venturoso infante harán que pruebe.

“Así será inmortal; si la jauría
Lleva, lo adorarán cual Jove Agréo;
Cual Febo Nómio, si rebaños guía:

“Y su nombre habitual será Aristéo.”
El vaticinio muévelo á que encienda
La suspirada antorcha de himenéo.

Quando lo quiere un dios, breve es la senda.
El mismo día salva la distancia,
Y al punto rompe la virgínea venda.

De oro es el lecho y conyugal estancia
Que Líbia en su ciudad les proporciona,
Célebre por sus juegos y abundancia.

¡Oh Cirene feliz! Nueva corona
Hoy te conquista el hijo de Carniádes,
Vencedor en el circo de Pitona.

Cuando á tu seno torne ¡oh de ciudades
Reina, cuyas bellísimas mujeres
Te dieron prez en todas las edades!

Recíbelo con triunfos y placeres;
Que la gloria que en Delfos te asegura,
Merece bien cuanto por él hicieres.

Elogiar no conviene con premura
Grandes hazañas; mas en breves frases
Tratar muchos asuntos, es cordura.

*Sin aferrar ¡oh Musa! nunca pases
La propicia ocasión; principio eterno
De que Yoláo fiel sentó las bases.*

La amurallada Tébas, del Infierno
Salir lo vió; y aprovechar el día
Que pudo abandonar el negro Averno.

Su agudo acero, la cabeza impía
Separó de Euristéo; y al instante
Tornó á bajar á la región umbría.

Reposa ahora el paladin triunfante
En el sepulcro de Anfitrión, su abuelo,
De la cuadriga conductor brillante.

En la Ciudad de Cadmo, cuyo suelo
Huella de blancos potros noble raza,
Desterrado encontró techo y consuelo.

El rico pueblo, que su origen traza
Desde el dragón y los sembrados dientes,
Allí á Anfitrión hospitalario abraza.

De él y de Jove esposa, á dos valientes
Mellizos, en un parto, la existencia
Alcmena dió, modelo de prudentes.

Falto de voz ó presa de demencia
Es el que no consagra á todas horas
A Alcides, de sus versos la cadencia;

Quien no canta las aguas bullidoras
De Dirce; que con Íficles su hermano
Al semidiós nutrieron salvadoras.

Mi lira les dedico; que no es vano
Mi voto, si propicio me ilumina
El coro de las Gracias soberano.

Pues ya tres veces alcanzó en Egina
Renombre á su Ciudad, Telesicrátés,
Y de Niso en la célebre colina,

No callarán á la verdad los vates
Su alto valor; lo elogie el partidario
Lo mismo que el vencido en los combates.

*Si lo merece, alaba á tu adversario
Con todo el corazón, dijo Neréo:
¡Oid al viejo dios hospitalario!*

¡Heróico vencedor! Más de un troféo
De Pálas en la arena polvorosa
Cada cinco años conquistar te veo.

Clavando en tí los ojos silenciosa,
Piensa más de una madre: *¡Fuera mi hijo!*
Más de una vírgen: *¡Fuera yo su esposa!*

En Olimpia te ví con regocijo
Triunfar, y en los certámenes de Rhea:
Allá en tu patria vencerás de fijo.

Ansioso de apagar mi sed pimplea,
De tus antepasados la alabanza
Quieren que el fin de mis cantares sea.

Cumpliré mi deber.—Con la esperanza
De conquistar de Barce los favores
Hueste de nóvios hasta Irasa avanza.

Prodigio de beldad, mil amadores
De Antéo en la ciudad piden su mano,
Y de extranjeros reinos mil señores.

Pero queriendo el Príncipe Africano
Para su hija encontrar mejor partido,
Que dé lustre á su cetro soberano,

Recuerda de Danao, el atrevido
Proyecto, con que en Argos á cuarenta
Y ocho doncellas consiguió marido:

Tras la meta á las vírgenes asienta,
Y cual premio, á los próceres amantes,
De rápida carrera, las presenta.

La lucha fué brevísima; y aún ántes
De mediodía, esposas eran todas.—
Del Líbio son las leyes semejantes.

Pone, imitando las Argivas modas,
Á la adorada vírgen en la meta:
“¿De mi Barce queréis las régias bodas?”

(Dice de amantes á la turba inquieta.)
“Veamos quién al fin llega primero
“Y su virgínea túnica sujeta.”

El estadio larguísimo, ligero
Recorre Alexidamo; y de su amada
La dulce mano toma placentero.

A la hueste de Nómades formada
La presenta feliz; y hojas y flores
Cubren á la pareja afortunada.

¡No son del primer triunfo los honores!



ODA DÉCIMA

A HIPÓCLES DE TESALIA,

CORREDOR EN EL ESTADIO DOBLE.

¡F^{ELIZ} Lacedemonia, venturosa
Tesalia! A ambas á dos del gran Alcides,
El Príncipe de atletas y adalides,
Gobierna la progenie poderosa.

¿No es hora de ensalzar tales grandezas?
¡Qué! Ya me llama el Pítico trofeo,
Y los hijos de Aleva y Pelinéo
Á celebrar de Hipócles las proezas.

Con los jóvenes lucha en el gimnasio,
Y hoy vencedor en la carrera doble
Lo aclama, de Anfictiones ante el noble
Concejo, el celestial valle Parnásio.

Son para el hombre las empresas bellas
Al principio y al fin, si un dios lo mueve.
¡Apolo! Á tu socorro el triunfo debe,
Y á haber seguido las paternas huellas.

De armadura marcial cubierto Frícias,
Dos lauros en Olimpia ganar pudo:
De la Victoria recibió desnudo
En los llanos de Cirra las caricias.

Su hacienda y esplendor en adelante
Aumente la Fortuna; y en los juegos,
Delicia y prez de los robustos Griegos,
De uno y otro el valor salga triunfante.

Envidiosa deidad no los persiga
Con inícuas mudanzas y vaivenes;
Favorables los Númenes, de bienes
Colmen su dulce hogar, con mano amiga.

¡Feliz el hombre que en veloz carrera
Alcanza, ó en atléticos combates,
Premios insignes! Cantarán los vates
Brazo tan fuerte, planta tan ligera.

¡Feliz si vive hasta mirar la frente
De su hijo tierno con laurel ornada
Del Pítio circo! ¿Qué le falta? Nada.
Para escalar el cielo es impotente.

Hasta el límite extremo de ventura
Que al hombre es dado ver, llegó su nave:
Ni á pié ni en barca en lo posible cabe
Del Hiperbóreo ver la tierra oscura.

Sólo Perséo consumó la empresa
De entrar de aquella gente á los hogares;
Cien jumentos sin tacha en los altares
Los vió inmolar, y se sentó á su mesa.

Deleitan sus festines y canciones
A Apolo, que les fué siempre propicio;
Le hacen reir, al ver el sacrificio,
Del lozano animal las contorsiones.

A aquel pueblo la Musa no es extraña;
Doquier se miran coros de doncellas
Y mancebos, girar en danzas bellas
Que la flauta ó la cítara acompaña.

De dorado laurel ciñen la frente;
Se gozan en opíparos convites;
Ignoran de la guerra los embites:
Nunca los hiere Némesis furente.

Sagrada raza, ni vejez la enerva,
Ni de dolencias víctima decae:
Impertérrito el hijo de Danae
Allí arribó, llevado por Minerva.

La cabeza, del tronco separada,
De la Górgona audaz mostró á la isleña
Criminal gente; que trocöse en peña
Al verla de serpientes erizada.

En prodigios mi mente no rehusa
Crear la obra Júpiter supremo. —
Presto el áncora arroja y alza el remo:
Salva mi nave del escollo ¡oh Musa!

Al formar la abejilla sus panales
De una flor á otra flor revuela inquieta.
¿Qué mucho si doquier liba el poeta
La miel para sus cánticos triunfales?

Que á orillas del Tesálico Penéo,
Los habitantes de la bella Efira
Repitan los acordes de mi lira
De Hipócles en honor, es mi deseo.

Así tendrá más lustre su victoria;
Lo admirarán iguales y mayores:
Las vírgenes cantando sus loores
Partícipes serán de su alta gloria.

Gusto diverso á los mortales mueve:
De su ambición quien alcanzó el objeto,
Entre los brazos téngalo sujeto.
¿Quién lo futuro á predecir se atreve?

Yo de Torace en el amor confío,
Mi dulce huésped, cuya diestra amiga
De las Musas me puso en la cuadriga
Con ardor exigiendo el canto mio.

Prueba Lídio crisol cariño y oro.
¡Ah! Dejad que salude á sus hermanos,
De la Tesalia insignes soberanos,
Y del suelo natal honra y decoro.



ODA UNDÉCIMA

A TRASIDÉO DE TÉBAS,

JÓVEN CORREDOR EN EL ESTADIO.

VENID, hijas sagradas
De Cadmo y de Harmonía:
¡Semele! tú que un día
El Olimpo lograstes escalar;
Y tú, que Leucotéa
Hoy te apellidas ¡Íno!
Y el alcázar marino
De las Neréidas bajas á habitar.

De Hércules con la augusta
 Madre favorecida,
 De Mélia á la escondida
 Mansión de ricos trípodés volad.
 Como á ninguna, Apolo
 Con sus gracias la llena:
 La ha apellidado *Ismena*
 Y es trono de fatídica verdad.

¡Oh coro de heroínas!
 Allí os convoco ahora,
 Á Témis protectora
 Al caer de la tarde á celebrar;
 Y ganaréis de Tébas
 Y Cirra los favores,
 De Délfos los loores
 (Gran Centro de la tierra) al entonar.

Las glorias de su raza
 Renueva Trasidéo,
 Hoy que el tercer trofeo
 De sus abuelos lleva á la mansión.
 De su victoria, el fértil
 Campo ha sido testigo,
 De Pilades, que amigo
 Y huésped fué de Orestes el Lacón.

¡Afortunado Orestes!
 A la sangrienta diestra
 De la ímpia Clitemnestra
 Su nodriza Arsinóe lo ocultó,
 Cuando el puñal agudo
 De la feroce madre,
 A Agamenón su padre
 Y á Casandra, en el Orco sepultó.

¿Acaso de Ifigénia
 La inmólación tirana
 En la orilla lejana
 Del Euripo, moviera su furor?
 ¿Ó, del marido ausente,
 Cayó en ajenos brazos?
 Manchan vedados lazos
 De la recién casada el limpio honor.

¡Ay! Ocultar no puede
 La adúltera su mengua;
 Del vulgo la atroz lengua
 Por publicar las culpas tiene afán.
 A su opulencia, envidia
 Igual, el grande aduna.
 Los de inferior fortuna
 Contra el rico en silencio rugirán.

Al regresar á Amicla
 Atrida halló la muerte,
 Y á su funesta suerte
 A la adivina Virgen arrastró.
 Venía con su nave
 De los despojos llena
 Que por causa de Helena,
 A la incendiada Troya arrebató.

En la del viejo Estrofo
 Hospitalaria estancia
 Pasó la tierna infancia
 El niño Orestes, del Parnaso al pié;
 Y más tarde la muerte
 Hizo pagar, de Atrida,
 A Egisto con la vida,
 Y de su madre infiel verdugo fué.

¿Mas dónde estoy, amigos?
 Ved que calle extraviada
 Tomé en la encrucijada,
 Y la primera dirección perdí.
 Como á ligero esquiife
 Que la brisa más leve
 Fuera del rumbo mueve,
 Así la inspiración me agita á mí.

¡Oh Musa! si vendieras
 Por oro tus encantos,
 Tus alquilerados cantos
 Pudieras dirigir aquí ó allá;
 Mas hoy, las Pítias glorias
 Loar de Trasidéo
 Y su padre deseo,
 Y tu voz á ellos sólo cantará.

En la Olímpica arena
 Espléndidos laureles
 Ellos, y los corceles
 De sus carros, lograron alcanzar.
 Bajaron de Pitona
 Al estadio desnudo;
 Y ningun Griego pudo
 Su planta velocísima igualar.

Los ínclitos favores
 De los Dioses admiro;
 Pero tan sólo aspiro
 A lo posible, en mi robusta edad.
 Dicha durable, sólo
 Da honrada medianía:
 Por ella cambiaría
 Aún el trono de mi ínclita ciudad.

A modestas empresas
 Y virtudes me entrego:
 Al envidioso, el fuego
 De su propia pasión consume al fin.
 Feliz el ciudadano
 Que vive en grata holganza;
 Que alto renombre alcanza
 Y evita noble la insolencia ruin.

Cuando sus ojos cierre
 La Parca tenebrosa,
 De tal varón, preciosa
 La muerte misma el mundo juzgará;
 Y á su querida prole
 Y dulce descendencia,
 La más preciada herencia,
 Que es un nombre glorioso, legará.

¡Ificlides Yoláo!
 La fama ya te canta,
 Y al éter os levanta,
 ¡Cástor divino, Pólux sin rival!
 ¡Salud, de Jove y Leda
 Períncritos Gemelos,
 Que hoy morais en los cielos
 Y mañana en Terapne la infernal.



ODA DUODÉCIMA

A MÍDAS DE AGRIGENTO,

FLAUTISTA.

¡O^H la más bella que al mortal hospeda
 Ciudad ilustre! Tú, de Proserpina
 Sede divina, de brillar amante,
 Oye mi ruego.

Tú, cuya frente se alza en las riberas
 Del Agrigento, ricas en ganado,
 Sobre collado que gigante muro
 Fuerte circunda:

Esta que á Mídas en el Pítio circo
De hombres y Dioses el favor hoy dona,
Verde corona, recibir propicia
Dígnate, Reina.

Y abre los brazos al varón insigne
Que á los flautistas vencedor supera,
Que Grecia entera á conquistar envía
Délfico lauro,

En aquel arte, creación de Pálas,
Cuando la Diosa remedar el llanto,
Con flébil canto, de las tres audaces
Górgonas quiso:

Triste lamento, que en variadas notas
Las feas bocas de hórridas serpientes
Sobre sus frentes (cabellera horrible)
Hondo exhalaron,

Y el ronco pecho de las almas ninfas;
El día infausto que á la hermana bella
Cruel degüella del audaz Perséo
La ínclita mano.

¡Ay! ¡Cuánto duelo su fatal venganza,
Á tí, Serifo, que la mar rodea,
Ruda acarrea, y al que tú sostienes
Bárbaro pueblo!

Cae la cabeza de Medusa hermosa,
Y ante sus yertos, húmedos despojos,
Los claros ojos de las divas hijas
Ciega, de Fórcis.

De Polidécetes al nupcial banquete
El rojo cráneo, cual feroz troféo,
Lleva Perséo; y en amargo luto
Trueca la fiesta,

Y de su madre los pesados hierros
Piadoso rompe; y el forzado enlace
Justo deshace de Danáe el hijo,
¡Prole divina!

Cuenta la fama que de lluvia de oro
Nació sin padre: protegióle Pálas,
Bajo sus alas consumando el héroe
Grandes proezas.

Libre de riesgos viéndolo la Virgen,
Para su nuevo músico instrumento
Várió conuento de estridentes notas
Dulce compone;

Y con la flauta, los agudos áyes
Que la garganta vierte de Euriála
Mágica iguala. ¡Salve, oh de Minerva
Útil invento!

Á los mortales dándolo la Diosa
Nombre le impuso, que el recuerdo vivo
Guarde festivo, de las cien cabezas
De áspides fieros;

Y hoy á los juegos y á la lid sagrienta
Llama á los pueblos el conuento blando,
Ténue pasando por el bronce que une
Débiles cañas.

Cañas, de danzas plácidos testigos,
Y que en el bosque del Cefiso ameno,
Cabe Orcoméno (de las Gracias villa)
Crecen lozanas.

¿Quién las espaldas, si á la dicha aspira,
Á los trabajos volverá cobarde?
Dios en la tarde calmará las penas
Que hora lo abruman.

No cede el Hado; mas apénas deja
Á los mortales la última esperanza,
Nueva bonanza los perdidos bienes
Fácil resarce.

